

EN HONOR DE ADOLFO FIGUEROA ARÉVALO, PROFESOR EMÉRITO DE LA PUCP

Efraín Gonzales de Olarte

Tengo el singular privilegio de decir las palabras de homenaje a la persona gracias a quien llegué a la Universidad Católica. Hoy, por grata coincidencia de la vida, he sido encargado por el jefe del Departamento de reconocer y agradecer la extraordinaria dedicación a nuestra universidad, a la ciencia económica y al Perú, de Adolfo Figueroa, ahora que la PUCP lo hace profesor emérito.

El camino cuesta arriba

Adolfo Figueroa es un provinciano que triunfó en su propio país tanto como lo hizo en el exterior. Hijo de una familia ancashina de agricultores quechuahablantes del Callejón de Huaylas, es el menor de nueve hermanos. A temprana edad fue traído a Lima, pues en Shilla, su pueblo natal, la escuela solo llegaba hasta segundo de primaria. Aquí, continuó y terminó la primaria en el colegio ubicado en la calle Montevideo 403 del Cercado de Lima. Luego fue admitido y becado en el Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe para estudiar la secundaria y fue el primer alumno de dicha institución durante los dos primeros años, lo que para él constituye su mayor orgullo. Para seguir el tercer año con beca completa, postuló e ingresó al Colegio Leoncio Prado, donde terminó la secundaria el año 1959.

Al término de la secundaria se relajó un poco y comenzó a desarrollar su faceta artístico-musical, conformando el trío Los Campesinos. Dicha inclinación preocupó un poco a su familia, en especial a su hermano Moisés, quién lo llevó a que se inscribiera para el examen de ingreso de 1960 a la Universidad Mayor de San Marcos para que estudiara Contabilidad, carrera que según su hermano aseguraría su futuro y tranquilizaría a sus padres. Fue en la facultad de Ciencias Económicas y Comerciales de San Marcos donde Adolfo descubrió la Economía.

Durante sus primeras vacaciones de la universidad, Adolfo retornó a visitar a su familia a Shilla y de manera casual se reencontró con una amiga de infancia, a la que casi no reconoció, pues se había convertido en una bella joven, quien flechó al romántico sanmarquino y cinco años después se convertiría en su esposa y compañera de toda la vida, Yolanda Vásquez, con quien tendría dos hijos, Rocío e Iván, todos aquí presentes.

Como es de suponer, la Contabilidad no lo fascinó y al término del primer año decidió no darle gusto a su hermano y junto con otros dieciocho estudiantes eligió la Economía como especialidad, mientras otros quinientos compañeros iban a Contabilidad. En verdad, esto refleja bien lo poco establecida que estaba la Economía y lo popular que era la Contabilidad en el Perú en aquellos años. Las autoridades de San Marcos parecían estar conscientes de este problema y buscaron de mejorar las cosas invitando a dos profesores chilenos de Escolatina: Grover Castro y Manuel Latorre, quienes comenzaron a enseñar economía moderna y así fue que Adolfo encontró lo que estaba buscando. Luego, llegó a San Marcos el profesor norteamericano Charles Stokes bajo los auspicios de la Fundación Fulbright. Él fue quien introdujo la macroeconomía keynesiana y la economía matemática, lo que consolidó la vocación de Adolfo y se convirtió en atento e inquieto alumno del profesor Stokes.

El año 1965 comenzó a enseñar Micro y Macroeconomía como profesor contratado de San Marcos y, gracias a un conjunto de circunstancias fortuitas, fue delegado por el decano de la facultad a participar en el primer seminario para profesores de economía organizado por el Banco Central de Reserva en Arequipa, donde conoció a Richard Webb, Michael Kuzcinsky y al historiador mexicano Leopoldo Solís.

En ese entonces, San Marcos recibió la cooperación de la Fundación Ford, que otorgó fondos para becar a jóvenes profesores para que estudiaran sus posgrados en universidades estadounidenses. Adolfo fue nominado para una beca con la recomendación del profesor Stokes, pero por los avatares de la política en San Marcos no pudo hacerla efectiva, ya que nombraron a otro profesor en su reemplazo. Ante tal situación, la Ford retiró la beca y entregó los fondos al Banco Central para su programa de extensión dirigido por Webb, el cual finalmente becó a Adolfo y se fue a los Estados Unidos, admitido por la exclusiva Universidad de Vanderbilt, con el único compromiso de retornar al Perú al término de sus estudios.

Como en algunas obras de teatro, las circunstancias, o sea aquellos acontecimientos que no controlamos y que a menudo nos dominan, fueron decidiendo por Adolfo hasta llevarlo a la Economía, a la academia y a los Estados Unidos. Una vez llegado a este territorio él comenzó a controlar su destino. Sería pues profesor e investigador de Economía.

Varderbilt le dio a Adolfo una sólida formación académica y despertó en él la vocación por la investigación. Probablemente, quien más lo influenció fue el profesor Nicholas Georgescu-Roegen, célebre por su agudeza intelectual y por sus difíciles relaciones personales. Quizá por ello Adolfo optó por asesorarse con el profesor Werner Baer para hacer su tesis doctoral, aunque el tema distributivo se lo sugirió el profesor Georgescu-Roegen.

Al terminar con la escolaridad necesaria para obtener el doctorado, volvió al Perú el año 1970, a fin de emprender las investigaciones para escribir la tesis y para trabajar. Como había ido a hacer sus estudios con una beca del Banco Central de Reserva, buscó al entonces director de Estudios Económicos del Banco, Richard Webb, para decirle que estaba de vuelta en el Perú. Webb en lugar de proponerle un puesto en el BCR, le dijo que en aquel momento estaba también participando en la modernización de los estudios de Economía en la Católica junto con Máximo Vega Centeno, convocados por el padre Mac Gregor, y le dio cita en el campus de Pando. En las casetas de Ciencias Sociales lo esperaba Richard en compañía de Máximo, a quien se lo presentó, y se quedaron conversando varias horas, tantas que Richard se fue y, desde entonces, el dúo Vega Centeno-Figueroa se hizo cargo de la organización de los estudios de pre-grado, junto con el profesor holandés Marinus Bonders. El nuevo Departamento de Economía se inició con tres profesores a tiempo completo.

En 1972, Adolfo obtuvo su doctorado con la tesis la «Distribución del Ingreso e industrialización en el Perú», tema que también investigaba Richard Webb por aquella época para obtener el suyo. Es así que juntaron partes de sus respectivas investigaciones y publicaron el que en mi criterio es el primer clásico de la literatura económica peruana, *La distribución del ingreso en el Perú*, y pusieron en la agenda académica y política los temas de la desigualdad y la pobreza.

Con el entusiasmo de este pequeño grupo de economistas profesionales, los estudios de pre-grado de la Católica progresaron rápidamente, la nómina de profesores comenzó a crecer, las investigaciones se comenzaron a plasmar en los documentos de trabajo, se fundó la *Revista de Economía*. Con todos estos avances las cosas estaban maduras para ir hacia la creación de la maestría en Economía, que gracias al liderazgo del dúo Figueroa-Vega Centeno y de otros profesores como Rodolfo Picavet, Javier Iguíñiz, José María Caballero, Iván Rivera, Heraclio Bonilla y el apoyo de la Cooperación Canadiense y de su coordinador Michel Chossoudovsky, comenzó a funcionar en 1976. La tarea iniciada pocos años atrás había rendido sus frutos. La Católica tenía una escuela de Economía moderna que comenzaba a prestigiarse en el mundo.

Adolfo demostró que la construcción institucional en una universidad dependía de una combinación de las capacidades profesionales de sus profesores,

liderazgo académico, claridad y pretensión en las metas a alcanzar, entusiasmo, todo esto combinado con el apoyo de las autoridades como el padre Mac Gregor y con una visión muy clara del papel de la universidad al servicio de la sociedad a la que se pertenece.

La etapa siguiente la meta era alcanzar la «masa crítica» de profesores necesaria para la consolidación de la carrera, de la investigación y de la proyección social. Hoy el esfuerzo ha dado sus frutos: tenemos un Departamento de Economía con veinticinco profesores a tiempo completo y medio tiempo, además de 48 profesores más a tiempo parcial, la mayor parte con doctorados, y la especialidad de Economía, con un promedio de cuatrocientos alumnos y el único y más antiguo posgrado profesional en Economía del Perú.

Esto es lo que ha ayudado a crear Adolfo, con su gran liderazgo académico, junto con Máximo y los otros fundadores de la economía moderna en la Universidad. Por ello, les debemos un reconocimiento, que hoy se expresa en el homenaje que le rendimos a Adolfo al jubilarse, yo diría tempranamente como profesor. Su aporte institucional ha sido muy valioso durante los 37 años que ha estado en nuestra Universidad, como profesor, investigador, jefe de departamento, decano de la Facultad de Ciencias Sociales y, sobre todo, como un gran animador académico no solo en la Universidad sino también fuera de ella, tanto en el interior del Perú como en el exterior. Prueba de ello es el conjunto de distinciones que le han dado tanto universidades del Perú como del exterior, aquellas en las que fue profesor o investigador visitante.

Durante su extensa carrera Adolfo se ha movido con soltura en los campos del desarrollo económico, crecimiento económico, desigualdad y pobreza, mercados de trabajo, mercados de crédito, economía agrícola, microeconomía y teoría del equilibrio general. Ha publicado doce libros, varios de ellos con reediciones, 51 artículos en revistas arbitradas y capítulos de libros, ha sido consultor de FAO, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, CEPAL, Interamerican Foundation, Institut for Agricultural Development, Unión Europea, ITDG. Ha recibido premios del Social Science Research Council, y actualmente tiene en preparación tres libros. Presumo que como se está jubilando joven, esta lista no está todavía cerrada.

Entre la enseñanza y la investigación: Su recorrido intelectual

Hay dos rasgos en Adolfo Figueroa que lo singularizan, dos rasgos con los cuales ha hecho escuela. La búsqueda de la rigurosidad científica y su identificación con los problemas de las desigualdades distributivas y la exclusión social.

Cuando le pregunté por qué había escogido hacer su tesis sobre el problema de la desigualdad distributiva, me explicó que había una base sociológica en su elección: su origen provinciano y de clase rural lo hacían sensible al tema, sin embargo, desde el punto de vista intelectual el tema lo había escogido a él.

Si bien el problema distributivo fue el eje de sus investigaciones, es preciso señalar que sus preocupaciones académicas se movieron en tres niveles y ha tenido un recorrido temático que nos permiten entender el proyecto de vida de Adolfo.

No estoy seguro de que su mayor preocupación haya sido solo la investigación personal. La investigación requiere de equipos, no hay investigación sin investigadores, por ello su primera prioridad académica ha sido la formación de economistas con sólidas bases teóricas, pero sobre todo con preocupación por develar la naturaleza de los problemas económicos que aquejan al Perú y América Latina. En ese sentido, Adolfo ha sido uno de los mejores profesores que una universidad podría tener y muchos alumnos lo reconocen y lo recuerdan siempre, no solo en el Perú sino también allende los mares; recuerdo que en varias oportunidades fue catalogado como el mejor profesor visitante en universidades del exterior. El ha sido profesor visitante en las Universidades de Pernambuco (Brasil) en 1973; en el Saint Anthony's Collage en Oxford (Inglaterra) en 1976; en la Universidad de Illinois Urbana-Champaign (Estados Unidos) en 1985; fue Hewlett Visiting Profesor del Kellogg Institute for International Studies and Economics Department, en la Universidad de Notre Dame (Estados Unidos) en 1992; profesor de la maestría de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Quito (Ecuador) en 1994, Tinker Visiting Profesor, en el Departamento de Economía e Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas (Estados Unidos) en 1997; y también Tinker Visiting Professor en el Departamento de Agricultura y Economía Aplicada de la Universidad Winsconsin, en Madison, en el año 2001. En Notre Dame, Illinois y Texas fue considerado como el mejor profesor del semestre. De esta manera, Adolfo ha sido nuestro «profesor de exportación».

Su fama de gran expositor de temas complejos de manera simple es la justa recompensa a su primera vocación: la de maestro. La principal característica de sus clases ha sido no solo transmitir conocimiento, sino también despertar la curiosidad en sus alumnos y colegas para ver más allá de lo evidente y visible.

Su segunda vocación ha sido la construcción institucional. En verdad la apuesta por una maestría de Economía era apostar a la conformación de un cuerpo de profesores de altas calificaciones, la mayoría con doctorados, y la selectividad para tratar de tener los mejores alumnos.

Recuerdo que en algún momento Adolfo me comentó que una universidad de la competencia le había ofrecido un mejor sueldo, cosa no muy difícil hace quince o veinte años, pero que Yolanda su esposa le había dicho que si se tuviera que ir de la Católica debiera pensar en ir más bien a San Marcos, su *alma mater*. Pero Adolfo no hubiera podido irse, pues aquí estaba construyendo un edificio que iba creciendo en pisos y en acabados; el maestro de obra no podría retirarse de otra manera que por la puerta grande con el edificio acabado, como hoy.

Pero su afán de construcción institucional académica también se ha extendido hacia fuera. Ha sido fundador de la rama latinoamericana de la Econometric Society y su miembro entre 1980 y 1982, también fue miembro del programa ECIEL (Estudios comparativos de integración latinoamericana) entre 1981-1982, este fue uno de los programas de investigación económica comparada más importante de los años ochenta, en el que participaron algunos profesores del Departamento. Estuvo entre los fundadores y primer presidente del Seminario Permanente de Investigación Agraria (SEPIA) en 1985-86, que constituye una red pluridisciplinaria de investigadores de problemas agrarios, rurales y regionales, la que se reúne cada dos años para presentar y discutir investigaciones, y que veintidós años después se mantiene en plena actividad.

Además ha sido miembro del consejo ejecutivo de LASA (Latin America Studies Association). Es, también, miembro de los comités editoriales de las revistas *Journal of International Development*, *European Review of Latina American and Caribbean Studies*, de la famosa *World Development* y miembro correspondiente de la *Internacional Network for Economic Method* de Londres-Hong Kong. En el Perú ha sido un propulsor del mejoramiento de la calidad académica de los estudios en Economía en universidades del interior tales como: Universidad Nacional de Piura, donde fue incorporado como profesor honorario, Universidad Nacional del Cusco, Universidad San Agustín de Arequipa y Universidad de Huamanga.

Su tercera vocación, la más permanente y fascinante, ha sido la investigación. Me parece que las sucesivas investigaciones fueron cambiando sus intereses y sus puntos de vista teóricos, es decir, el investigador fue transformado por sus propias investigaciones. Es un caso de dialéctica intelectual en el que el descubrimiento de nuevos temas y realidades lo fue cambiando de un profesor neoclásico del norte en un neoclásico norte/sur, es decir, alguien quien ha utilizado y transformado los instrumentos teóricos adquiridos en los centros de producción teórica, como Estados Unidos y Europa, para entender las economías del sur.

Su recorrido intelectual ha sido muy interesante y aleccionador. Sus preocupaciones sobre el problema distributivo y la pobreza lo llevaron a interesarse por los pobres entre los pobres: los campesinos. En 1981 publicó *La economía campesina de la sierra del Perú*, que en aquellos años posreforma agraria se constituyó en

una lectura obligatoria para todos aquellos dedicados a entender los problemas agrarios, rurales y campesinos. De hecho, el libro tuvo cuatro ediciones y una versión mejorada y ampliada fue publicada por la prestigiosa editorial británica Cambridge University Press en 1984 bajo el título: *Capitalist Development and Peasant Economy in Peru*.

Mi intuición me dice que a partir de aquellos años comienza una búsqueda mayor en sus preocupaciones y se consolida su convencimiento sobre el carácter de ciencia social de la Economía. El tratar de entender a los campesinos como parte de un sistema social mayor como el capitalismo, en el cual están parcialmente excluidos, lleva a tratar de entender el capitalismo mismo.

Por ello, la próxima investigación y el próximo libro sería: *Teorías económicas del capitalismo*, publicado en 1992, que es una revisión de los fundamentos de las teorías más importantes de la ciencia económica: clásica, walrasiana y keynesiana. Aquí, Adolfo trata de extender sus capacidades explicativas a países latinoamericanos. Creo que es en este libro donde logra incorporar dos temas fundamentales: la sobrepoblación y la existencia de economías no capitalistas, que hacen que el capitalismo por estos lares sea un proceso que las teorías convencionales no logran predecir. En ese sentido, dichas teorías pueden ser mal usadas para proponer intervenciones exógenas de política económica, por ejemplo.

Este libro provocó múltiples comentarios, tanto teóricos como epistemológicos, que de manera casi natural lo llevaron a los temas metodológicos de la investigación y, sin mayor trámite, Adolfo había asumido el camino popperiano sobre lo que significa hacer ciencia desde la economía. Confirmando así, que detrás de todo buen economista hay un filósofo escondido.

Parecía que se alejaba de los temas distributivos, pero no fue así. La profunda crisis del Perú en la segunda mitad de los años ochenta, cuyos impactos distributivos fueron quizá los más brutales del siglo XX, obligó de alguna manera a Adolfo a investigar sobre el tema. En 1993, nuestro Fondo Editorial le publicó *La crisis distributiva en el Perú*, en el cual se trató sobre la crisis de la distribución y la distribución de la crisis. Esta crisis en realidad constituyó casi un laboratorio de observación sobre los límites sociales de la desigualdad, pues en ausencia de un Estado redistribuidor la solución sería el incremento de las brechas sociales y el empobrecimiento de la mitad de la población. Es entonces cuando propone la existencia de umbrales de tolerancia social a condiciones de pobreza y desigualdad extrema, pasados los cuales las sociedades pueden entrar en situaciones de conflicto incontrolable y violencia. De ahí que la inequidad sea para él un problema económico más que uno ético, en la medida que una desigualdad aguda impide el normal desenvolvimiento social y hace ineficiente a la organización económica. Es aquí, con una entrada teórica

totalmente distinta, que plantea la necesidad de una redistribución previa de la riqueza y de los *stocks* de capitales físicos y humanos. Adolfo llegaba a una conclusión radical desde una teoría conservadora reformulada. Creo que en esta etapa ya tenía la mayor parte de la teoría, la información y las evidencias empíricas que estaba buscando para lanzarse a la síntesis de varios años de investigación y búsqueda.

Sin embargo, su participación en una inusual investigación pluridisciplinaria, en nuestro medio, con Teófilo Altamirano (antropólogo) y Denis Sulmont (sociólogo) lo llevó al tema de la exclusión social y la desigualdad, donde no solo incorporaría factores no económicos en sus análisis, sino que concluiría que el efecto de la desigualdad y la pobreza era la exclusión social, es decir, la dificultad de las personas de participar plenamente en su propia sociedad.

Las reformas estructurales de los años noventa le permitieron observar, casi de manera experimental, los efectos de las reformas neoliberales en la sociedad y economía peruana, ya que en países como el nuestro los gobiernos experimentan con sus sociedades. La teoría convencional del pensamiento único, detrás de estos ajustes, era que los países reformados tenderían a converger con los países desarrollados en el largo plazo, cosa que no sucedía ni sucedió después, pues la divergencia y las desigualdades se acentuaron en América Latina. Adolfo se preguntó: ¿Por qué se dan estas tendencias en el período de mayor globalización y mayor apertura mercantil? Precisamente su libro *Reformas en sociedades desiguales. La experiencia peruana*, del año 2001, trata de estos temas y le permite confirmar sus hipótesis sobre las diferencias en el desarrollo capitalista de los países desarrollados y subdesarrollados, pues en los primeros las reformas propuestas funcionan razonablemente, mientras que en los segundos los efectos son perversos, es decir, hacen más agudas las desigualdades.

De todo este recorrido teórico, empírico y vivencial, Adolfo plasma el libro teórico de: *La sociedad sigma. Una teoría del desarrollo económico*, publicado por el Fondo Editorial de la PUCP en el año 2003. El libro es dedicado a la memoria de su profesor Nicholas Georgescu-Roegen.

Este libro, con características de rigurosidad formal y elegancia, aspira a formular una teoría axiomática sobre las distintas formas o fases del capitalismo. Su primer postulado es asumir que los supuestos de la existencia del capitalismo no son necesariamente comunes a cualquier país, como en general sostiene la teoría neoclásica, sino que podríamos estar frente a una variedad de posibilidades de desarrollo capitalista, en lugar de variaciones en torno a un solo capitalismo. Polémico, provocador, ambicioso, se puede aplicar cualquier adjetivo, pero su síntesis es legítima y es el fruto de haber reflexionado durante 33 años y, cosa bastante poco común, lograr sintetizar al final del camino una nueva forma de

poder analizar el capitalismo. Como él sostiene en sus libros, el poder de la teoría es su falsación con la realidad.

Este libro es notable como logro académico, pues en primer lugar explica por qué la economía es una ciencia social y por qué es necesaria una aproximación axiomática. Para ello adopta la definición de «ciencia» de Georgescu-Roegen: «Ciencia es un conjunto de proposiciones alfa y beta, tal que las proposiciones beta son derivadas lógicamente de las proposiciones alfa, y ninguna proposición alfa puede ser derivada de otra proposición alfa». Estos son los pilares sobre los cuales propone el estudio científico del capitalismo contemporáneo, y construye su propia teoría, sobre la base de la constatación de las limitaciones explicativas de las teorías clásica, neoclásica y keynesiana. Sin embargo, en un interesante ejercicio dialéctico conviene en que cada una de estas teorías tiene componentes que explican, por separado, varios de los problemas del capitalismo actual, pero ninguna logra ser una teoría general.

Luego plantea las características estructurales de tres sociedades abstractas: la sociedad Épsilon, que corresponde a los países del primer mundo, la sociedad Omega, que corresponde a los países del tercer mundo, y la sociedad Sigma, que corresponde a los países latinoamericanos. Esta es una tipología teórica que permite comparar tres evoluciones sociales distintas sobre la base de variaciones en los supuestos tecnológicos y distributivos iniciales.

Se completa el libro con un análisis dinámico de los tres tipos de sociedad y con otro sobre la desigualdad y la tolerancia social, el papel de los bienes públicos y la inversión y competitividad internacional. Su teoría produce, de manera endógena, dinámicas de desigualdad y desorden social.

Finalmente, llega al más ambicioso de los capítulos: una teoría general del capitalismo, que se centra en las capacidades de inclusión-exclusión que tienen los países, dadas las desigualdades iniciales, que pueden llevar a la divergencia o a la convergencia en función de los procesos tecnológicos, pero que, en el caso de las sociedades sigma —como las de América Latina—, ni los mercados ni los gobiernos han logrado resolver los problemas de exclusión y desigualdad. Concluye así señalando que la escasez de agentes de cambio, como el empresario «schumpeteriano», es la principal limitación para el desarrollo económico.

En los próximos años sus aportes se decantarán como el buen vino y servirán a las nuevas generaciones para desarrollarlas por afirmación o por negación. Esta es la mayor recompensa que puede recibir un académico comprometido con su realidad como lo es Adolfo.

En el último año de su carrera en la Universidad, el Fondo Editorial le pidió un libro de divulgación de sus teorías e interpretación de nuestros países. Al cabo de un tiempo entregó *Nuestro mundo social. Introducción a la Ciencia Económica*

publicado en 2008. Este libro explica en un lenguaje menos axiomático los diferentes tipos de sociedades capitalistas, la sociedad Épsilon, Omega, pero sobre todo el de la sociedad Sigma. Su intento de vulgarizar su formalizada teoría es digno de elogio, pues los economistas suelen mantener una aureola de sabiduría y de misterio protegidos por lo inescrutables que son sus análisis para el gran público. Este último libro es un esfuerzo para que se entienda, de una manera razonada, por qué la economía no “chorrea” o por qué las desigualdades crean exclusiones.

Las enseñanzas del maestro

No quisiera abusar de la paciencia de ustedes y de la impaciencia de Adolfo con mayores señalamientos sobre su obra intelectual. Sin embargo, me gustaría apuntar algunas de las contribuciones de Adolfo que, en mi criterio, han ayudado a la enseñanza y la investigación, han permitido mejorar nuestras vidas y dejan una huella a seguir, para profundizarla o para construir otras huellas.

Varios son los temas que ha puesto en la agenda de investigación y discusión, que nos recuerdan que en el mundo de la ciencia se avanza por la calidad de las preguntas planteadas antes que por las respuestas, pero sobre todo se progresa porque todas nuestras conclusiones son verdades relativas y temporales. Quiero retomar solo dos o tres de los temas y preguntas que Adolfo ha dejado abiertas a mayor investigación y mayores esclarecimientos epistemológicos.

Lo primero es su insistencia sobre la interrelación entre los factores o variables endógenas y exógenas. Las endógenas son determinadas por la interacción de los procesos económicos y, en consecuencia, dependen de la dotación inicial de recursos y factores, así como de las reglas de asignación y distribución originales. Las exógenas, en cambio, son determinadas por intervenciones que alteran las dotaciones iniciales y las reglas de asignación y distribución, pero para ello se requiere de algún poder externo capaz de alterarlas. Este tema deja pendiente una agenda de trabajo sobre la «exogenidad» de las políticas estatales y de la política en general. Es decir, deja abierta una puerta para plantear de una manera distinta el análisis del Estado y de la política, y ver hasta qué punto son autónomas del sistema económico. Una adecuada respuesta a estos problemas no es pedir poco, pero podría ayudar a orientar de qué manera y con qué instrumentos se podría mejorar la distribución de la riqueza y de los ingresos: un tema muy actual.

Lo segundo es el papel que le asigna a las condiciones o dotaciones iniciales, que por momentos se piensa que son condiciones históricas, pero de pronto nos damos cuenta de que son supuestos de economías abstractas. Lo importante del asunto es que Adolfo concluye que no es posible transitar hacia el crecimiento

con equidad sin un cambio en las dotaciones iniciales, lo que significa reformas de propiedad, más o menos radicales en estas épocas. Aquí también se abre otra senda de investigaciones, tanto epistemológicas, que resuelvan el problema del peso de las condiciones iniciales del modelo sobre los resultados socioeconómicos finales en cada tipo de sociedad, como históricas o cliométricas, que permiten dilucidar si en el capitalismo hay un solo sendero de crecimiento o varios y, si así fuere, estos senderos podrían converger en situaciones de crecimiento, con equidad e inclusión social en largo plazo.

Un tercer punto es la existencia de realidades sin teoría. Adolfo ha tenido la virtud de escribir y sintetizar temas en frases como las anteriores. Por ejemplo, en algún momento sostuvo que las economías campesinas podrían ser realidades sin teoría. Afirmaciones de este fuste obligaban a los que estábamos interesados en estos temas a investigar sobre su validez. En varios casos no era cierto, en otros sí. Pero lo importante era que provocaba a discutir sus hallazgos confirmándolos, matizándolos o rechazándolos, y había que investigar para discutir con él. En ese sentido, descubrimos que la mejor manera de promover la investigación es la provocación intelectual. En esto Adolfo ha sido un provocador, quizá el mejor. Pero ha dejado abierta la posibilidad de que existan también teorías sin realidad, si no se resuelven adecuadamente los problemas epistemológicos de la investigación.

El capitalismo por naturaleza siempre ha de generar desigualdad, y no hay otra forma de reducirla que con intervenciones estatales —no de gobierno—, así como con sistemas democráticos, para lo cual hay evidencia empírica suficiente.

Las contribuciones de Adolfo Figueroa según sus alumnos y colegas

Casi para terminar me he tomado la libertad de pedir a varios de nuestros colegas, sobre todo los que fueron sus alumnos, que nos digan cuál o cuáles han sido los principales aportes de este profesor que hoy se jubila. Y así, como los legionarios romanos eméritos recibían tierras, estos conceptos serán para él la pensión afectiva y de reconocimiento que le entregamos hoy.

Francisco Verdera

Adolfo Figueroa ha sido y es un excelente expositor y un influyente profesor, en suma, un maestro. Su contribución principal proviene de sus estudios sobre la economía familiar campesina, así como la distribución del ingreso, tema que trabajó desde su tesis doctoral hasta sus últimas publicaciones sobre exclusión económica y social.

Cecilia Garavito

Adolfo fue quien me explicó economía de una manera ordenada, para que la pudiera entender mejor viniendo de la ingeniería. Lo tuve como profesor recién en la maestría en Economía, y desde su primera clase — Microeconomía 1— me ordenó el conocimiento que traía de pregrado. Su contribución más grande como profesor ha sido enseñarnos un método de análisis, «ordenarnos» la cabeza. Cuando trabajo con otros alumnos suyos es fácil entendernos, aun si no estamos siempre de acuerdo en las teorías a emplear. Su contribución como economista radica en sus estudios de distribución del ingreso y de la economía campesina, que fueron los primeros que leí al llegar a la Facultad. Sus trabajos sobre el equilibrio general han sido muy valiosos y, aunque él es muy bueno para el método mismo, creo que es mejor cuando lo aplica.

Para mí es difícil destacar su contribución más importante, pues no he revisado toda su obra. Adolfo fue mi profesor de Teoría Económica Avanzada en la maestría y con él aprendí los fundamentos de la teoría del equilibrio general. Creo que una de sus principales contribuciones ha sido transgredir las fronteras al interior de la disciplina, rompiendo con esquemas derivados de hacer rígida la distinción entre la macroeconomía y la microeconomía. Son memorables sus intensas y apasionadas propuestas dirigidas a integrar los distintos niveles y dimensiones del análisis económico para entender mejor la realidad, en contraposición a las visiones parciales y excluyentes que dominan nuestras discusiones y que, en alguna medida, aún impregnan nuestros propios planes de estudio.

Recuerdo que Adolfo sostenía la importancia de reflexionar sobre los aportes de las diferentes escuelas y corrientes del pensamiento económico, sobre todo la economía clásica, el enfoque neoclásico y las corrientes keynesianas, contrastando y examinando la consistencia de sus proposiciones teóricas en los distintos niveles del análisis, en lugar de confinar la discusión a los compartimentos de la macro y de la microeconomía.

José Távara

La desigualdad económica entre países del mundo depende de la desigualdad dentro de los países subdesarrollados —sociedades Sigma—, que están marcados de origen por una fractura colonial. Es esta la que le impide a los países pobres invertir y crecer lo suficiente como para converger con los países ricos —es decir, sociedades Omega—. Arreglar la propia casa es la vía para arreglar el mundo. En el plano del método, este planteamiento muestra cómo una mayor importancia estadística no equivale a una importancia teórica. La teoría manda sobre la

estadística. En el plano de las políticas, lo que Adolfo aporta es que no es la inserción internacional la que resolverá la fractura interna por medio de la absorción de los excluidos al mercado, sino que es precisamente al revés, el enfrentamiento de esa división interna es la que hará posible una inserción sostenida y diversificada en la economía mundial. Hay que empezar por dentro.

Javier Iguíniz

A partir de su sólida formación teórica y técnica, que logró como un óptimo estudiante en San Marcos y en Vanderbilt, un aporte fundamental a la disciplina y al equipo ha sido su rigor y su dedicación permanente a un tema que se fue precisando en el camino. La distribución, el tema de su tesis, fue tratado con un enfoque muy clásico que fue evolucionando en el enfoque y en la selección de cuestiones a estudiar. Concretamente, partiendo de una muy desigual distribución, concentró su preocupación en los más desfavorecidos: los campesinos de la sierra. Esto dio origen a importantes contribuciones, preocupándose no solo sobre su situación, sino también sus tendencias, condicionantes y los instrumentos de política. El mismo curso de sus hallazgos lo llevó luego a preocuparse de la exclusión y a la necesidad de repensar la estructura y la dinámica de la sociedad en curso de desarrollo.

En resumen, toda una trayectoria de persistencia y de renovación en base a lo que se va encontrando. Adolfo nunca ha dejado de ser economista para ganar aplausos de la tribuna, pero ha aprendido a dialogar y a aprender de otros científicos sociales y de ingenieros para integrar sus aportes.

Máximo Vega Centeno

Me parece que la contribución más importante de Adolfo está en la manera cómo ha formado estudiantes «extremistas». Extremistas en la forma cómo abordar un problema, macro o microeconómico, partiendo de cuáles son las variables endógenas, cuáles son las exógenas y cuáles son los mecanismos de transmisión entre ellas. Cuando se conversa con Adolfo sobre temas económicos, y en general, sobre cualquier tema, uno está obligado a conversar teniendo en la cabeza un modelo donde quede claro cuál es la causa y cuál es el efecto. Y en todo lo que escribe, Adolfo aplica lo que enseña. Cada párrafo de Adolfo es una descripción de cómo las variables exógenas afectan a las endógenas, y sus prescripciones de política son acerca de qué debe hacerse con las exógenas para influir sobre las endógenas.

Waldo Mendoza

Creo que su persistencia en el rigor científico, tratando la economía como tal, en su aporte a la metodología y análisis, que contrasta lo empírico —como la economía campesina—, hasta la reflexión teórica pura —como sus últimos trabajos sobre desigualdad, exclusión, sociedad Sigma, etcétera—. El esfuerzo de una vida académica para dar entidad a lo que considera realidades sin teoría.

Alan Fairlie

Para mí, y creo que también para varios egresados a lo largo del país, Adolfo ha sido simplemente un maestro. Y eso no solo lo digo yo, sino también lo dicen otros, dentro y fuera del Perú —como Norma Puican, Rodolfo Navarrete, Rodolfo Cermeño, entre otros—.

Yo resumiría, apretada e injustamente, en dos sus principales contribuciones:

- Su terca rigurosidad en el análisis económico, priorizando siempre la lógica, la causalidad, el sustento teórico de las afirmaciones. Ello implicó siempre percibir la investigación económica como la única forma de conocer la realidad, para entonces proponer políticas. Aún sus detractores le reconocen este mérito: nos enseñó a pensar con rigor analítico, desde la delimitación del tema hasta la formulación de los argumentos explicativos, basados en argumentos de teoría económica antes que en solo correlaciones estadísticas.
- Su permanente interés por aquella parte menos visible de la economía formal, por poner en la literatura económica formal y neoclásica los problemas económicos propios de nuestra realidad, sea la economía campesina, las cooperativas, los microempresarios, los microbuseros. Y tratar a estas unidades con la misma rigurosidad analítica que el análisis del mercado de trabajo, el sector financiero o la evolución de la actividad macroeconómica y distributiva en el país.

Finalmente, quiero recordar lo que Adolfo nos decía: «en mi clase solo se necesitan tres cosas para aprender economía: lápiz, papel y silla dura». ¡Esto se lo dijo a varias generaciones!

Janina León

Su activa participación en los Estudios Conjuntos de Integración Económica Latinoamericana (ECIEL) cambió la función de producción en la formación del

economista, al beneficiarnos de la recolección masiva de microdatos —hogares, escuelas y otros—, para introducirlos así al trabajo rutinario académico. Algo que recién se ha «descubierto» en el quehacer del economista. Un ejemplo clásico a este respecto es su trabajo de 1974: *Estructura del consumo y distribución de ingresos en Lima Metropolitana, 1968-1969: un estudio de presupuestos familiares* ECIEL.

Para mí fue una clase magistral poner en claro las deficiencias técnicas de las reformas estructurales del gobierno de Velasco, sin caer en la argumentación puramente política. Vi que era posible hacer contribuciones con argumentos empíricos.

Me impresiona la importancia que pone a la metodología en el tema del diseño de la teoría y de la política económica en sus escritos recientes. Aún cuando discrepo de su visión sobre el análisis empírico en Economía, creo que su posición de poner especial atención a la metodología es la clave para hacer buena teoría y buen uso de la econometría y del software —este sí es un golazo—.

Oscar Millones

Creo que a la labor de Adolfo le calzaría perfectamente el título de un libro del historiador Marcos Cueto: *Excelencia científica en la periferia*. Contrariando la práctica corriente que establece que el papel del Tercer Mundo en materia científica ha de ser el de consumidores de las teorías elaboradas en las metrópolis y, eventualmente, de productores de datos o materia prima para aquellas, Adolfo lanzó el desafío de construir nuevos modelos teóricos en la ciencia económica para entender realidades como la nuestra. Para ello consideró a los campesinos de los Andes o a las sociedades de tejido social tan heterogéneo como las latinoamericanas, tanto en sus aspectos distintivos cuanto en sus elementos estructurales, reflexionando hasta qué punto ambos se superponían. Así, pudo llegar a cuestionar las teorías del hemisferio norte con que se había tratado de entender fenómenos tan universales como el atraso económico de las naciones. Tamaña audacia y pretensión, desde una nación marginal —y desde la lengua castellana— no es cosa ordinaria de ver; por lo que no sorprende que Adolfo haya debido padecer trabajos y contradicciones para dar con el apoyo que le permita desarrollar su trabajo y difundirlo.

Carlos Contreras

Pienso que algo que debe ser resaltado en Adolfo Figueroa es el volumen y la variedad de su producción científico-académica, en gran medida resultado de un continuo esfuerzo individual a lo largo de cuatro décadas, y que ha comprendido

desde temas puntuales como la distribución del ingreso, la economía campesina, el desarrollo económico, el mercado laboral, etcétera, hasta temas más integrales como el estudio de la ciencia económica y la comprensión de la economía capitalista.

Jorge Rojas

Adolfo Figueroa es un auténtico profesional de la Economía. En todos sus trabajos destacan el dominio del método de investigación y el conocimiento de las principales corrientes del pensamiento económico. Él no se queda en el conocimiento de los modelos y las técnicas cuantitativas, va más allá porque le importa conocer cómo funciona el capitalismo desarrollado y subdesarrollado. Además, todos sus trabajos revelan su «gran sensibilidad humana» porque, aunque no lo diga, quiere contribuir a cambiar y mejorar el mundo en que vivimos.

Félix Jiménez

Sin duda el aporte más destacable de Adolfo Figueroa es su teoría sobre la exclusión y sus consecuencias económicas, expresada en la «sociedad Sigma». La articulación entre la exclusión, el funcionamiento del mercado de trabajo y la inversión constituyen un modelo integral para entender el funcionamiento de economías como la peruana.

Pedro Francke

He conocido a Adolfo en los últimos veinte años en diferentes facetas. Primero, siendo su alumno en cursos de pregrado y posgrado en nuestra Universidad; segundo, siendo su asistente de investigación en un proyecto sobre educación y productividad rural y tercero, como colega en el Departamento de Economía y en la Facultad de Ciencias Sociales cuando fue decano. Adolfo como profesor es extraordinariamente claro y retador. Como investigador siempre tiene preguntas interesantes y es muy minucioso y cuidadoso observando y analizando la realidad. Y como colega y persona, en especial, es el compañero de trabajo que siempre quisiera tener cerca: siempre dispuesto e interesado en escuchar y conversar las preocupaciones que compartimos sobre la realidad de nuestro país. Es, además, un excelente catador culinario y, por supuesto, de pisco sour. Adolfo es una rara persona que reúne cualidades que no siempre se encuentran juntas en un economista: amigo y maestro.

José Rodríguez

En 1973, cuando estaba llevando cursos en Economía en la PUCP e Ingeniería en la UNI, debido a que no estaba seguro qué carrera seguir, llevé el curso de Análisis Económico I. Al término de la primera clase con Adolfo supe que Economía era la carrera que tenía que seguir. Uno de los mayores aportes que ha tenido Adolfo ha sido sembrar, motivar, encausar un sinnúmero de profesionales economistas, muchos de ellos reconocidos y exitosos en el ámbito nacional e internacional, a estudiar la realidad peruana para entenderla, explicarla y, por qué no, cambiarla. Formar capital humano es tal vez la contribución más importante que Adolfo Figueroa me ha podido brindar, como profesor y como académico.

Mario Tello

Hay al menos tres aspectos de la trayectoria de Adolfo que deben ser resaltados; en primer lugar, el permanente desafío a innovar teóricamente desde el «sur», sin creer a ciegas en los marcos analíticos desarrollados en contextos históricos y económicos diferentes. Esto se ha puesto de manifiesto con mayor claridad en sus recientes trabajos sobre exclusión social y desarrollo —la sociedad Sigma—, pero es una de las permanentes motivaciones de Adolfo en los últimos treinta años. Los estudiantes tienen el mensaje claro: aprender a leer críticamente inclusive a los grandes maestros.

En segundo lugar, la producción académica de Adolfo muestra una enorme capacidad de construir —acumular— conocimientos. En los últimos trabajos acerca de la sociedad Sigma, el lector podrá encontrar cómo es que Figueroa construye hipótesis de trabajo sobre la base de lo que él mismo había publicado previamente —como los materiales sobre economías campesinas, teorías económicas del capitalismo, así como la exclusión social y distribución del ingreso, todos publicados desde fines de los setenta hasta fines de los noventa—, y al combinarlos dan como resultado una nueva producción académica.

Y, en tercer lugar, pese a que en lo personal no pude gozarlo como profesor, sé a través de varios(as) colegas que uno de los principales legados que nos deja Adolfo en la PUCP es su enorme calidad como docente, siempre exigente, pero desafiando paradigmas y generando debates al interior del aula. Su reciente libro *Nuestro Mundo Social* es una clara muestra de la gran calidad pedagógica de Adolfo, al asumir el reto de escribirlo en un lenguaje que pueda ser comprendido por el conjunto de la comunidad universitaria.

Manuel Glave

Como profesor e investigador, Adolfo ha contribuido en la formación de economistas con una fuerte preocupación porque las teorías económicas sean útiles para entender la realidad. Por tanto, para que luego de pasar las pruebas de la comprobación empírica, puedan ser inspiradoras de políticas públicas que influyan en la mejora de la calidad de vida de la gente y el desarrollo del país. Considero que su contribución a la comprensión de la economía campesina, al entendimiento de las características de la distribución del ingreso, así como al problema de la etnicidad en el funcionamiento de la economía peruana, son suficientes para tenerle un enorme aprecio; y agradecerle por haber levantado una plataforma de conocimiento en las Ciencias Sociales que nos permite avanzar con más y mejores argumentos en la tarea de luchar contra la pobreza, la desigualdad y la exclusión social en nuestro país.

Ismael Muñoz

Adolfo ha realizados muchos aportes a la PUCP y a la economía peruana. Sin embargo, para mí, uno de sus mayores aportes está relacionado a la gran cantidad de economistas que ha formado en su larga trayectoria como docente en la PUCP. Adolfo ha tenido una manera muy particular de enseñar Economía, y en sus cursos ha transmitido una línea de pensamiento y un enfoque propios. Por un lado, sus clases eran de microeconomía, pero siempre estuvieron muy ligadas, a través de sus frecuentes ejemplos en clase y las preguntas que específicamente elaboraba para los exámenes, a sus investigaciones sobre la economía campesina en el Perú. Por otro lado, a los que tuvimos la suerte de tenerlo como profesor en los primeros años de la carrera, fue él quién nos enseñó a hacer análisis económico. Como muchos de sus ex alumnos, siempre recordaré a Adolfo como un profesor muy exigente; entre otras cosas porque nos pedía realizar el análisis económico de manera muy rigurosa, pero al mismo tiempo explicarlo de tal forma que hasta «el canillita que vendía periódicos y no había llevado cursos de economía» pudiera entenderlo. En ese entonces, y dado lo difícil que resultaba aprobar los cursos de Adolfo, no entendía por qué no le bastaba con la resolución matemática de los problemas que planteaba. Al terminar mis estudios y empezar a trabajar, comprendí que Adolfo nos había estado preparando para que nuestro trabajo como economistas se pudiese enriquecer con el trabajo conjunto con colegas de otras disciplinas; y para que el aporte de los economistas de la PUCP pudiese llegar también a aquellos que no hicieron la carrera de Economía.

María Antonia Remenyi

Valoro de manera especial en el profesor Figueroa su arraigada inclinación por producir nuevas ideas para entender viejos problemas económicos y transmitirlos con destacada didáctica. Por lo general, a una innovadora respuesta, le seguía una nueva pregunta, alentadora de un análisis aún más profundo.

Gerardo Gonzales

Adolfo fue mi asesor de la memoria de bachillerato y recuerdo que había trabajado revisando cada una de las declaraciones juradas de las empresas mineras, lo que fue un trabajo duro y que me tomó bastante tiempo. Pero el resultado que tenía, como fruto de ese arduo trabajo, eran tres cuadritos y tres gráficos. Fui a mi sesión de asesoría pensando que Adolfo me iba a decir que me había desaparecido como por tres semanas y que solo le llevaba seis hojitas. Lo que me dijo fue «qué tal trabajo que te has dado, cada uno de estos cuadros y gráficos tiene un valor agregado muy grande y realmente muestran lo que tu hipótesis dice; has hecho un gran avance». En ese momento me di cuenta que estaba frente a un verdadero MAESTRO, capaz de valorar el trabajo de sus alumnos y de estimularlos para seguir adelante.

Néride Sotomarino - Un ser humano entrañable

Como se podrá inferir, Adolfo no solo es un economista y maestro de Economía con gran predicamento entre nosotros, sino también ha sido y es un ser humano entrañable, no por el magnetismo académico que genera con los que estudian o trabajan con él, sino porque es esencialmente un hombre bueno en la vida cotidiana, en su compromiso social y en su vida familiar.

Su consistencia entre el pensamiento y la acción ha sido para él una práctica constante, una forma de vida. Recuerdo mucho cuando invitó a visitar Lima y la PUCP a Luis Vargas, comunero de la Comunidad de Accha-Sihuina, a seis horas a pie desde la punta de carretera en Paruro, Cusco. En aquella época, Adolfo hacía sus estudios sobre el campesinado y la pobreza rural. Su intención era que Vargas, ubicado en los estratos más pobres de la sociedad peruana, viera las condiciones de vida de los estratos más altos y se formara una idea propia de las diferencias sociales existentes en el Perú. En general, los investigadores solemos visitar a nuestros investigados y nos olvidamos de ellos cuando hemos publicado el artículo o libro.

Esta anécdota sintetiza su forma de amar al Perú, a su gente, así como su gran proximidad con aquellos estratos sociales cuyas voces son quechuas, aymaras o de español motoso, y que poco logran ser escuchados. De alguna manera Adolfo ha sido un portavoz de ellos, por su inmenso deseo de contribuir al desafío de desarrollar el Perú y hacer de nuestro país un lugar de igualdad de oportunidades para todos.

En su faceta más íntima Adolfo ama la música, el baile y la fiesta andina o criolla. Se transforma con una guitarra en la mano y vuelve a ser el romántico que formó un trío para cantar boleros. Pero su sensibilidad puede ir más allá. Recuerdo la anécdota de su perro Ludo, amante de música clásica, que diariamente se sentaba al lado de la radio a las siete de la noche, de lunes a viernes, para escuchar el programa *Pianissimo*, que solía transmitir Sol Armonía. Si alguien se acercaba a tratar de cambiar la radio, Ludo mostraba los dientes en señal de desacuerdo. Ante tal melomanía a Adolfo y Yolanda no les quedó otro remedio que ir a la radio y dar una contribución a nombre de Ludo para que el programa continuara emitiéndose.

Adolfo es así. Quiero terminar diciendo: colega, maestro y amigo, dejas una huella que no será borrada y que muchos seguirán. Te extrañaremos, aunque sabemos que siempre estarás cerca. Gracias Amauta, gracias amigo.

Lima, 24 de junio de 2008